



El Espacio, la luz

Enrique Pérez Velasco

Fotos: Celia Fernández



El espacio

La geometría dice que son suficientes tres dimensiones para describir la forma de cualquier cuerpo sólido y las ubicaciones relativas de los objetos entre sí en cualquier momento dado. Si se quiere atender también a los cambios de forma y ubicación, a las tres dimensiones del espacio habrá que añadir la dimensión del tiempo. Desde el punto de vista psicológico se puede decir que, nos movemos libremente en el espacio y en el tiempo desde los albores de la conciencia, la captación activa de estas

dimensiones por parte del artista se desarrolla paso a paso, de conformidad con la ley de diferenciación.

El espacio tridimensional ofrece una libertad completa: extensión de espacio en cualquier dirección, disposiciones ilimitadas de los objetos y la movilidad total de un cuerpo. Más allá de estas dimensiones espaciales, la imaginaria visual no puede llegar; la gama sólo puede ser ampliada ya mediante construcción intelectual o concepción espiritual.

La luz en la percepción del arte

La luz es algo más que la causa material de lo que vemos, incluso desde el punto de vista psicológico sigue siendo una de las experiencias humanas más importantes y poderosas, una aparición que se comprende haya sido adorada, celebrada e

importunada en ceremonias religiosas. Es el equivalente visual de esa otra potencia animadora que es calor. Es ella la que interpreta para la vista el ciclo vital de las horas y las estaciones.

Tratamos visualmente con seres humanos, edificios, árboles, no con el medio que genera sus imágenes, de ahí que incluso los artistas se hayan interesado mucho más por las criaturas de la luz que por la luz misma. En condiciones culturales especiales la luz entra en la escena del arte como agente activo, y sólo de nuestra época se puede decir que ha engendrado experimentos artísticos dedicados exclusivamente al juego de la luz incorporizada.

Las sombras, hasta en los casos más simples, mantienen una conexión directa con el objeto del que proceden. La sombra de un hombre se une a sus pies en el suelo; y cuando el suelo es horizontal y los rayos de luz inciden en un ángulo de unos 45°, la sombra da una imagen deformada de su dueño.

muerta por un objeto que está atado a ella e imita sus movimientos, y que al mismo tiempo es curiosamente transparente e inmaterial. Ni siquiera en condiciones perceptuales óptimas se entienden espontáneamente las sombras como efecto de iluminación.

El pensamiento humano, así perceptual como intelectual, busca las

causas de los sucesos tan cerca del lugar de sus efectos como sea posible. En todo el mundo se toma la sombra como excrecencia del objeto que la arroja. Podemos decir que la oscuridad no se aparece como una ausencia de luz, sino como una sustancia positiva por derecho propio. Ese yo segundo, laminar, de la persona se identifica con, o está ligado a, su alma o potencia vital.